

La juventud y la política universitaria

ALFREDO PUCCIARELLI y FRANCISCO SCHWARCZ

INTRODUCCIÓN

PROFESOR TITULAR DE sociología general en la Facultad de Humanidades de La Plata, casa en la que se graduó de profesor de filosofía en 1963. Es asimismo profesor adjunto de introducción a las ciencias sociales en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de La Plata. Y profesor titular de investigación en comunicación social en la Escuela Superior de Periodismo de la misma universidad. Investigador de la Comisión de Investigaciones Científicas de la UNLP (1968-69). TRABAJOS: Estructura de clases y dependencia; Estructura de clases en el campo argentino; Análisis estadístico del censo universitario de la UNLP; Análisis de infraestructura social de la Región Comahue, entre otros. Su colaborador F. Schwarcz es técnico del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Plata.

LA universidad argentina, ya lo sabemos, está siendo sacudida desde mucho tiempo por un agudo proceso de enfrentamientos internos que están alcanzando, quizá, niveles tan elevados como los que dieron lugar, con otro contenido, a la aparición del movimiento reformista de 1918. Como en esa ocasión histórica su protagonista principal vuelve a ser hoy el movimiento estudiantil. Sin embargo, los objetivos, los métodos y las posibilidades de realización que tienen los estudiantes de la Universidad actual en nada se parecen a los postulados que heredó, por más de 50 años, de aquella circunstancia histórica. Remarcar las causas de esas profundas diferencias es el objetivo de este trabajo. A muchos parecerá esta afirmación un tanto exagerada o por lo menos apresurada. Pero, a poco que se reflexione sobre el significado y las consecuencias de la acción estudiantil, se verá que con su propia dinámica cuestionadora amenaza desbaratar las formas de organización que todavía sostienen a la enseñanza universitaria. Con todo resulta comprensible que

el sentido de las acciones estudiantiles de los últimos años aparezcan semi-ocultas o deformadas para quienes de una forma u otra han estado comprometidos con su planteo y obligados a comprender nuevas situaciones en las que encontraron involucradas sus propias posiciones. Y aunque esta es una manera común y obligada de acceder a la realidad social, creemos que será útil comenzar a plantear algunas cuestiones sobre el valor general que tienen, por ahora, ciertos antagonismos particulares, y su relación con la crisis pedagógica y política que soporta la universidad en su conjunto.

Una empresa de este tipo entraña cierto riesgo. Las vías mediante las cuales se desliza el error son innumerables. Entre ellas nos preocupa especialmente las que puedan surgir del contexto de significación en que insertamos ciertos acontecimientos recientes, o lo que es lo mismo, que ideologicemos extremadamente nuestra percepción de algunos fenómenos a causa de un conocimiento fragmentario e insuficiente. Por lo demás, no pretendemos convalidar por ahora, ninguno de nuestros juicios pues creemos que en esta etapa es más prudente realizar afirmaciones de carácter general destinadas a abrir la polémica sobre el tema. Es por ello que en el texto no se hallaran citas bibliográficas de textos teóricos, ni referencias que den apoyatura empírica a las proposiciones. El breve aporte que significa este trabajo, debe ser considerado exclusivamente como un intento de ordenar jerarquizadamente ciertos datos obtenidos en su mayoría por percepción directa y vincularlos entre sí mediante un conjunto simple de hipótesis, que pueden dar lugar a una investigación más profunda.

1. LA UNIVERSIDAD COMO AGENTE DE MOVILIDAD SOCIAL

Antes de comenzar, será conveniente precisar algunas ideas sobre dos cuestiones: una referida a la naturaleza de los vínculos que se establecen entre la universidad como parte del sistema educativo y el tipo de sociedad que le da sentido; y otra, a la influencia que la modificación de esos vínculos ejerce sobre el desempeño armónico de los papeles que le corresponden a sus protagonistas principales, autoridades, docentes y alumnos.

La universidad de la sociedad moderna, es decir, burguesa, se halla en la cúspide de un complejo sistema destinado a crear y difundir las innovaciones científico-técnicas y las creaciones culturales que acompañan la creciente expansión de las fuerzas productivas durante el período de consolidación del sistema capitalista. En ese sentido se la destina para cumplir, en el más alto nivel, una función específica: debe reproducir las condiciones de existencia y supervivencia de relaciones económicas y so-

ciales que hacen posible un cierto tipo de dominación de clase. Esa función reproductora se ejerce en dos planos distintos, referidos a la división técnica y social del trabajo, planos que no siempre se encuentran armónicamente entrelazados y de cuyo desajuste devienen aspectos incomprensibles de ciertos conflictos universitarios, caracterizados por la aparente ambigüedad de su contenido.

Mediante la transmisión de conocimientos científico-técnicos, la universidad prepara, en primer lugar, los cuadros superiores destinados a cubrir ciertos roles ocupacionales requeridos por la naturaleza de la estructura productiva. En este caso, el papel desempeñado por la universidad debe ser analizado como un mecanismo reproductor de mano de obra altamente calificada, de acuerdo con las exigencias del mercado de trabajo. Cumple su función cuando prepara adecuadamente la cantidad y calidad de mano de obra requerido por éste, y deja de cumplirla, o la cumple mal, cuando por diversas razones lanza al mercado un número insuficiente o excedente de la cantidad de profesionales que puede absorber la estructura productiva. El punto crítico de la relación universidad-sociedad se traduce en una relación compleja entre el número de graduados lanzados al mercado de trabajo en las distintas especialidades en cada período, y el número de cuadros técnicos que pueden ser satisfactoriamente empleados.

En una sociedad capitalista como la nuestra, donde la producción y sus requerimientos, y la acción educativa a cargo del estado, no pueden ser coordinadas mediante la planificación social del trabajo, la coincidencia entre ambos sectores se encuentra mediatizada por un conjunto de mecanismos que actúan en forma parecida a los que regulan la relación entre oferta y demanda de mano de obra. Si la demanda crece, por expansión de la estructura productiva y crece la necesidad de reclutamiento, se abre la posibilidad de acceso a la enseñanza universitaria a nuevas capas o clases sociales ubicadas en niveles inferiores de la sociedad.

La capacidad técnica proporcionada por la enseñanza universitaria se convierte, de esa forma, en un medio de acceso a posiciones superiores de la estructura ocupacional, la universidad en canal que favorece la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo disponible, y el conocimiento en una mercancía, que es valorada según el costo de su preparación y la necesidad que se expresa en el mercado de trabajo. Cuando este tipo de demanda se mantiene durante un período más o menos prolongado, ya sea en un mismo sector de la estructura productiva o desplazándose de un sector a otro, pero dentro del mismo nivel ocupacional, se generan en las capas o clases sociales que van teniendo acceso a la enseñanza universistaria, nuevas expec-

tativas de movilidad social ascendente. En la Argentina, en los últimos cincuenta años la universidad ha servido, con intermitencias, a este fin, constituyéndose en vehículo de circulación ascendente entre las distintas capas de la clase media urbana.

De esta forma, la relación armónica universidad-sociedad depende de tres factores: de la capacidad que tiene para preparar los cuadros requeridos, de la plasticidad de la estructura ocupacional que debe absorberlos, y de la ampliación de las expectativas de movilidad social creadas en ciertos sectores sociales. Como se ve, el mecanismo de integración entre las tres tendencias no es muy simple, debido a que actúan entre sí con relativa autonomía. La posibilidad de desencuentros suele ser en países capitalistas atrasados, como la Argentina, una de las fuentes que alimentan diversos tipos de conflictos basados en que la movilización provocada en las capas medias durante períodos de crecimiento no puede ser permanentemente absorbida por la estructura universitaria ni por la estructura ocupacional.

Cuando el mercado de trabajo a ese nivel se vuelve rígido, la demanda disminuye o se estanca, y el exceso de postulantes se transforma en una especie de ejército de reserva que, cuando no encuentra ubicación fuera del país, deprime las condiciones de colocación de todo el sector ocupacional al cual están vinculados. La sincronía entre oferta y demanda de mano de obra deviene entonces en desajuste entre las expectativas de ascenso provocadas en estas capas sociales y la posibilidad de hacerlo efectivo mediante los canales establecidos, lo cual contribuye significativamente a radicalizar su práctica política y su ideología.

2. LA UNIVERSIDAD COMO REPRODUCTORA DE IDEOLOGÍA

Vista desde este ángulo, la universidad es parte del mecanismo reproductor de la fuerza de trabajo y agente de la movilidad social ascendente. Pero no es ésa su función exclusiva. La preparación técnica es condición indispensable para la integración del profesional en la esfera de la producción; sin embargo, tan importante como el conocimiento técnico resulta el conocimiento y la aceptación de las condiciones sociales en que la producción se realiza. La forma de desempeño depende no sólo de la división técnica del trabajo, sino también de la forma en que el producto generado por el trabajo es apropiado y distribuido entre los agentes productivos. La universidad garantiza la formación técnica del profesional, pero a la vez asegura que su integración se realice armónicamente, es decir, adoptando naturalmente como el mejor de los modos posibles las reglas

del orden establecido. No sólo repone la fuerza de trabajo necesaria para el desarrollo material de la sociedad sino que además provoca, a través de la ideología, la aceptación de las leyes sociales que rigen el sistema de producción-apropiación dominante.

En la sociedad capitalista, la preparación técnica de un futuro asalariado supone, a la vez, la preparación ideológica del asalariado como tal, condicionándolo para que acepte naturalmente su inserción en el campo de la producción como vendedor de fuerza de trabajo. Aún más, la realización del trabajo basada en la propiedad privada del capital y en la compra-venta de trabajo, debe aparecer, ideológicamente, como el modo que puede permitirle al asalariado convertirse, por acaso, de vendedor en comprador de fuerza de trabajo. La posibilidad de conversión no es importante, lo es su aceptación ideológica que lo lleva a consagrar el sistema explotación en el cual debe insertarse.

La reproducción de los cuadros técnicos exige, entonces, no sólo la reproducción de su calificación, sino también la reproducción de las relaciones sociales predominantes, ocultas bajo el manto de la ideología. Pero la persuasión ideológica necesita de sus propios especialistas, que deben ser preparados para administrar ideas y símbolos o regular ciertas prácticas destinadas a garantizar la aceptación social de las relaciones que hacen posible la supervivencia de las clases dominantes.

Para ello, la universidad, junto al resto del sistema educativo, se convierte en ámbito privilegiado donde las formas de elaboración ideológica encuentran su expresión más acabada. La manipulación ideológica se realiza mediante la enseñanza universitaria en dos niveles y con dos fines distintos. Por un lado transmite la ideología implícita a las formas de desempeño de los distintos roles ocupacionales. Por otra parte, instruye especialmente a los futuros profesionales del trabajo ideológico, destinados a desempeñar tareas específicas en el plano de la cultura, del poder político y la administración de ciertas instituciones.

De esa forma se comprende que la persuasión ideológica independientemente de las vías por las cuales se transmite se halle omnipresente en todo tipo de relación político-docente. Aunque varía el grado de centralidad de la cuestión ideológica, según el tipo de enseñanza que se imparte, toda práctica universitaria contiene como ingrediente sustancial, por afirmación o negación del planteo ideológico, el proceso de mistificación de la realidad hacia la cual directa o indirectamente se refiere la práctica docente.

En ese sentido, el eje a través del cual se deslizan los distintos matices ideológicos que pugnan internamente en la práctica universitaria, está cons-

tituido por la aceptación de los valores y principios consagrados, es decir, por la justificación del núcleo, de la esencia de las relaciones sociales predominantes. A partir de esa aceptación se producen variaciones que crean, en general, un clima de debate y oposiciones agudo pero circunscripto a ciertos límites, dentro de los cuales aparece la actividad docente rodeada de una imagen respetuosa ante todas las posturas, como corresponde a la transmisión científica y objetiva del saber universal. A veces ocurre que, conducida por esa dinámica, la universidad genera en su propio seno elementos que transponen las fronteras de la crítica permitida, pero allí es cuando aparecen los vigías del orden que desde el poder político se encargan de redefinir, cuando pueden, las formas de crítica no comprometidas con el sistema.

Ahora bien, así como la condición de integración armónica entre la universidad, tomada como agente de movilidad, y la estructura social depende de las oportunidades brindadas al graduado fuera de ellas, las posibilidades de ajuste en su cometido ideológico, como transmisora de la ideología de la clase dominante, depende de la relación que se establece entre la ideología y su fuente, la práctica social.

Cuando la ideología responde a la necesidad de legitimar el poder de una clase enraizada firmemente en la sociedad, adopta la forma de un sistema coherente de proposiciones donde se articulan entre sí todos los aspectos de la vida social, organizados en forma de proyecto. En ese proyecto se mencionan dos realidades mistificadas, las de las relaciones sociales presentes y la forma de evolución de las relaciones sociales futuras. Si el sistema de ideas en forma de proyecto se transforma en objeto de transmisión ideológica, la práctica social se convierte en punto de confrontación entre la propuesta del objeto transmitido y la realidad mencionada por él.

La confrontación con la práctica social es la que determina, en última instancia en la conciencia de los actores, el grado de vigencia que en cada período histórico tiene la ideología. En ese caso, aunque la mención ideológica no es nada más que una alusión oscurecedora, se apoya en cierto grado de correspondencia entre algunos movimientos fragmentarios de los fenómenos sociales y la alusión que de ellos se hace. Así, por ejemplo, el sistema de voto obligatorio destinado a elegir representaciones políticas, oculta otros mecanismos de dominación que permiten perpetuar la dominación de ciertas clases sociales, es por ello que puede ser ideologizado y propuesto como proyecto de interés general. Pero si el sistema se anula porque pone en peligro la estructura de dominación vigente, la ideología que glorifica aparece negada en los hechos por la conducta de sus propios

sostenedores. En ese caso el proyecto entra en crisis y debe ser redefinido nuevamente. Cuando la práctica de sus negadores genera un nuevo mecanismo de dominación que supera las prácticas anteriores resulta poco difícil elaborar un nuevo proyecto que reemplace al anterior. Pero cuando no puede generarse una alternativa convincente queda a los otros grupos que continúan adheridos a la práctica negada, dos alternativas: reivindicar para sí o para otros la legitimidad de actualizar el viejo proyecto, o descubrir que ya no es factible porque representa una realidad fragmentada donde los aspectos no aludidos impiden en verdad su vigencia.

En ese caso, la crisis del viejo proyecto obliga a intentar una nueva representación de la realidad que montada sobre la crítica de las imposibilidades anteriores deba incorporar nuevos elementos no aludidos por él. De todas maneras si la ideología que legitima el poder de una clase entra en una crisis crónica de irrealidad, la universidad, que debe su existencia precisamente a esa función legitimadora, está obligada a dar una respuesta. De no hacerlo, como ocurre frecuentemente, corre el riesgo de entrar en un proceso de deterioro institucional tan agudo como el que afecta a la clase que le dicta los lineamientos generales de su política. Es cierto que la actividad ideológica de la universidad no refuerza ninguna forma de poder particular de la clase dominante, coadyuva simplemente a mantener su influencia sobre la sociedad. Recubre las relaciones sociales con un manto de ideas y de esencias.

Resiste a todo lo que es práctica, a todo lo que aclara la unidad interna y el sentido de los movimientos sociales. Se mueve con mayor facilidad en medio de las ideas generales que en la experiencia. En ese campo es donde comienzan precisamente las oposiciones entre los portadores del cuerpo ideológico, el aparato docente, y sus destinatarios, los estudiantes. Los receptores pasivos del manipuleo ideológico son quienes, en primera instancia, confrontan a través de múltiples canales la relación ideología-práctica social, y descubren que en las situaciones de crisis la universidad no se coloca abiertamente en el plano de las clases dominantes, sino que se repliega sobre sí misma, se burocratiza, tratando de ocultar ante sus propios ojos y ante la sociedad la función que ella cumple.

Por ello es que sobre la base de la experiencia cotidiana y colectiva de su tarea específica, el movimiento estudiantil genera respuestas nacidas de otras necesidades y expectativas. Comienza rechazando toda especie de "empirismo" considerado como la aceptación interesada de un estado dado de la sociedad, aceptado como un hecho natural en lugar de ser criticado y restituido a su realidad social; y terminan atacando la sumisión de la enseñanza a la influencia de la clase dominante y de los grandes aparatos

de producción, de organización y de dirección que aseguran su predominio. Si combate a profesores y autoridades no es tanto para acusarlos de estar al servicio activo de las clases dirigentes sino porque les reprocha ser sus cómplices al negarse a calificarlas y a analizarlas, cubriéndose con un manto de objetividad que oculta la negativa a reconocer los hechos de poder. Pero los problemas de poder no se resuelven solamente mediante planteos ideológicos por más precisos que ellos sean. El poder se cuestiona, se rechaza, se disputa, con alguna efectividad, solamente en el plano de la acción política y ésta necesita de la organización y el reclutamiento tanto como de la ideología. De ahí que su propia práctica cuestionadora los arrastre inevitablemente a integrar en un solo movimiento todas las formas de organización y acción que desembocan en disputas de carácter político, tanto dentro como fuera del ámbito universitario.

3. LOS CONFLICTOS UNIVERSITARIOS

Si lo anterior es cierto, creemos que la raíz de los conflictos dentro de la universidad puede ser descubierta, en un comienzo, analizando la naturaleza de las relaciones que se establecen entre autoridades, docentes y alumnos cuando las funciones que le han sido asignadas por la sociedad entran en oposición, de distinto modo, con la sociedad misma, o mejor dicho, con la política que le impone una clase que se halla imposibilitada de legitimar su poder.

En ciertos períodos históricos, la universidad cumple ese rol ajustadamente, es decir, sin contradicciones evidentes, pero no adecua su estructura interna a la necesidad creciente de preparar nuevos profesionales requeridos por la expansión de la estructura productiva. Se limita la capacidad de ascenso de algunas capas sociales, desde las cuales surge un número creciente de aspirantes, y aparece en el movimiento estudiantil un tipo de oposición interna a la autoridad universitaria orientado hacia la opción de planteos científico-pedagógicos. La reforma de la institución es el tema central, el punto de fricción y junto con él ciertos planteos políticos que lo acompañan periféricamente. Los proyectos políticos se enmarcan dentro de las expectativas generales de las clases que pugnan por la utilización de la universidad como canal de ascenso social. En la Argentina han sido las capas medias caracterizadas por su subordinación a la ideología y a la política de las clases dominantes aunque hayan aparecido envueltas, como el caso de la reforma liberal del año 1918, dentro de un marco teórico revolucionario y antiimperialista. En períodos posteriores la universidad se

Juventud y política universitaria

adapta a nuevas necesidades creadas por la incorporación de nuevos sectores sociales.

Si bien no es una universidad "abierta", porque las clases más numerosas no tienen acceso a ella, deja de ser universidad de "élite". Es la universidad más o menos característica de la democracia burguesa destinada a promover con limitaciones la circulación ascendente entre las distintas capas de la clase media. La profesión con desempeño liberal y vinculada básicamente al sector servicios constituye su preparación predominante.

Cuando los contenidos ideológicos transmitidos por este tipo de universidad entran en antagonismo con la práctica social de la clase en el poder, aparece nuevamente el conflicto, pero esta vez cambiado de signo. También cambia la respuesta del movimiento estudiantil; se asume políticamente el proyecto recibido y negado, y se lo vincula con el destino de otras clases sociales que no tienen relación directa con la dinámica universitaria. Si la universidad mantiene las mismas características democráticas, el movimiento estudiantil a la vez que la defiende y se integra sin conflicto a la vida universitaria, parte desde allí para vincularse y colaborar con el movimiento social que deberá asumir el proyecto retomado por ella. Pero lo que aparece como nuevo e irrealizado no es más que el viejo proyecto heredado de las clases dominantes, y redefinido superficialmente para expresar algunos intereses contradictorios. Intereses que no pueden ocultar el hecho de que su destino como capa social está atado al mantenimiento de la movilidad social, aunque ciertos aspectos superestructurales hayan fenecido. Ésa es la fuente de la ambigüedad, muchas veces anotada, de su conducta ideológico-política durante ciertas etapas históricas; como estudiantes se instalan en posiciones radicales, que después abandonan paulatinamente atraídos por la tentación del ascenso social. Periódicamente, cuando se amplía la proyección política del movimiento tomando la universidad a veces como modelo y otras veces como base de operaciones, el estado, garantía natural de su funcionamiento, intenta frenar el avance del conflicto por medio de la coerción. En ese caso el movimiento estudiantil combate en dos flancos: reivindicando la universidad ideal, reformista, liberal, integrada al país igualmente ideal, capitalista, autónomo, liberal y progresista.

Si, como ocurre en la actualidad, la crisis del proyecto ideológico se agudiza y a la vez se frena el proceso de movilidad por estancamiento crónico de la estructura productiva, el movimiento estudiantil, amenazado por un proceso de pauperización relativa, vuelve a cambiar el contenido y la dirección de su conducta política. Radicalizado, comienza a reconsi-

derar el proyecto ideológico que recibe y que a la vez sustenta con modificaciones transformando la oposición parcial en oposición al núcleo de la ideología dominante. Pero la experiencia de cuestionar en profundidad la esencia de los contenidos heredados le permite vislumbrar borrosamente el hecho mismo de la transmisión ideológica, a través de la cual se descubre la función legitimadora como mecanismo implícito y explícito de la enseñanza, en particular de la enseñanza universitaria. La necesidad de transformar las condiciones económicas y políticas que impiden, entre otras cosas, su realización como profesional vinculado al ascenso de ciertas capas sociales, no sólo transforma la calidad de sus acciones políticas sino que modifica sustancialmente la ideología que la sustenta, hasta llegar a percibir, inclusive, que sus propias expectativas de clase corresponden a un tipo de sociedad y a una etapa histórica que no puede volver a reproducirse.

4. LA CRISIS ACTUAL: EL PERÍODO REFORMISTA

La sociedad argentina de los últimos 15 años está sufriendo una crisis crónica de estancamiento. Sus causas son muy conocidas para que volvamos a repetirlas. El último período de expansión, que tuvo su momento de auge durante la post-guerra, terminó lánguidamente su ciclo al promediar la década del cincuenta con las últimas radicaciones significativas de capital extranjero destinadas a la sustitución de bienes intermedios. Adoptado el proceso de crecimiento industrial la economía en su conjunto se detuvo y comenzó a girar sobre sí misma alrededor de dos ejes: la producción agropecuaria de exportación dominada por la oligarquía latifundista y la producción industrial del mercado interno, absorbida paulatinamente por las sucursales locales de los monopolios imperialistas.

En este nuevo ciclo que todavía no ha concluido se está produciendo aceleradamente la concentración y centralización del capital en todas las ramas de la economía. La concentración monopolista en condiciones de dependencia es absolutamente necesaria para garantizar la acumulación del capital, y mantener una línea de desarrollo industrial que excluya modificaciones significativas en las relaciones de producción existentes. Para ello debe encontrar obligadamente nuevas formas de acumulación interna que en las actuales condiciones de la economía argentina no pueden evitar el deterioro del sector asalariado por efecto de la redistribución del ingreso nacional. Pero inciden, además, sobre la composición de las capas medias acentuando el peso de los asalariados en detrimento de los pequeños productores y propietarios. Esta modificación de la base estructural de la clase media argentina, y su tendencia a la pauperización relativa se conoce

por algunos síntomas, aunque todavía no ha sido estudiada como corresponde. Uno de los signos es, precisamente, la modificación de la conducta del movimiento estudiantil después del golpe de estado del año 1966. Esta crisis de estancamiento desarrolló hasta 1966 un agudo antagonismo entre la necesidad de la clase dominante de profundizar el desarrollo capitalista en condiciones de dependencia, y la existencia de un estado representativo liberal apoyado en la participación electoral de los sectores populares. Los acontecimientos políticos de la década 1956-66, con su secuela de proscripciones, fraudes, y golpes de estado no permiten abrigar dudas al respecto.

La universidad sufrió la consecuencia de esta doble crisis económica y política de varias formas. Por un lado se limitó su capacidad de funcionamiento docente por insolvencia financiera. Por otro lado se encontró obligada a seguir preparando cuadros profesionales que encontraron mayores dificultades de inserción en una estructura ocupacional que había perdido la plasticidad de períodos anteriores. Además, la fractura evidente del proyecto ideológico colocó al aparato docente ante una triple alternativa: la irracionalidad, el silencio o la represión ideológica, como única forma de recitar un circunloquio que no resultó convincente para nadie, excepto para quienes lo ejecutaron. La creciente desintegración entre las dos funciones señaladas, canal de ascenso y reproductor de ideología, coincide para nosotros con la reimplantación de la autonomía y el gobierno tripartito concedido por el golpe de 1955.

Durante 10 años (1956-66) la universidad intentó redefinir sus normas internas de funcionamiento en todos los niveles —poder, ideología y ciencia—, basándose en la restauración de los principios generales del ideario liberal reformista. En el plano del poder institucional: autonomía y gobierno tripartito constituido por elecciones de los tres claustros. En el plano de la ideología: un proyecto de capitalismo avanzado, estrechamente vinculado con un proceso de democratización política, basado en la participación de todos los sectores particulares a través de la representación de los partidos políticos tradicionales. En el plano científico pedagógico: implantación del principio de neutralidad ideológica articulado con el viejo principio reformista de libertad de cátedra, donde los parámetros de evaluación de la aptitud docente se establecieron teniendo en cuenta exclusivamente la idoneidad científica. La posición ideológica se introduce de contrabando bajo el concepto de objetividad científico-pedagógica, mediante la organización de los contenidos transmitidos. Además se ideologiza por ausencia explícita de relación crítica entre la ciencia transmitida y las condiciones sociales de división de trabajo en que esa ciencia debe ser ejerci-

tada fuera de la universidad. Se enfatiza el desarrollo científico técnico, como punto de partida para lograr el desarrollo económico social, abandonando explícitamente el análisis concreto de las condiciones sociales y políticas que hacen posible el desarrollo.

Durante esos años, el movimiento estudiantil vive la experiencia repetida de oposición entre esos proyectos y la dinámica impuesta a la sociedad argentina por las clases dominantes: concentración y centralización de la producción en manos de monopolios extranjeros; estancamiento y dependencia económica, integrada en el plano político al sistema alternativo dictadura militar —democracia restringida con marginación de los sectores populares y vigilancia tutelar de las fuerzas armadas.

Ante la negación evidente de los grandes principios liberales, que se creyeron restaurar para toda la sociedad después del golpe de 1955, el movimiento estudiantil elabora una respuesta constreñida aún por las expectativas de ascenso todavía vigentes en la mayoría de la clase media. En efecto, a pesar del estancamiento crónico de la economía en su conjunto, se producen algunas modificaciones entre sectores que permiten mantener aspiraciones de ascenso mediante la inserción en la estructura de la gran empresa o a través del desempeño de ciertas profesiones liberales ligadas indirectamente a su crecimiento. Con las expectativas de movilidad presentes los estudiantes responden desde la universidad a la política del estado con un proyecto ideológico-político dominado por lo que podríamos llamar “la nueva restauración reformista”.

El nuevo movimiento reformista intenta construir la universidad ideal basándose en las nuevas condiciones que le proporciona su participación en el poder. Por un lado, denuncia la inadecuación de la universidad tradicional frente al aparente proceso del desarrollo de las fuerzas productivas, ampliación de la movilidad social y agudización de la lucha de clases. Por otra parte, pretende extender, como lo quisieron sus ideólogos, su influencia y su modelo de funcionamiento hacia toda la sociedad. Concibe a la universidad como centro y agente de transformación social, el foco irradiador del futuro país liberal-progresista, antioligárquico y antiimperialista, la ínsula democrática. En ella su organización se adapta también a los moldes impuestos por la herencia liberal. Las agrupaciones estudiantiles dentro del centro único por facultad, cumplieron tareas típicas de los partidos políticos tradicionales, enmascarando su posición política a través de distintas tendencias internas al reformismo. Los fines políticos aparecían concientemente diluidos detrás de las reivindicaciones gremiales que culminaban, en la mayoría de los casos, con el manejo de las cooperativas de libros y material didáctico. La representatividad del centro de

Juventud y política universitaria

estudiantes fue generalmente baja; las prácticas electoralistas transplantadas de la experiencia realizada en el comité partidario, impidieron el desarrollo de la conciencia política de la masa estudiantil. Además, en los organismos regionales y nacionales se desarrolló un aguda tendencia al dirigentismo, asimilada también del modelo político liberal, que trasuntaba una concepción elitista de la actividad política consecuencia de concebir a la universidad como territorio privilegiado a partir del cual resultaba posible modificar el país.

El reformismo aceptó, y en cierta manera estimuló, la creación de un nuevo personaje de la vida universitaria, el científicista, que vino a completar y corregir de algún modo al añejo academicista. Tuvo como uno de sus más inestimables postulados la elevación del nivel científico de la enseñanza. Pero entre la ciencia y el científicismo media una importante diferencia. El científicista considera a la universidad como el recinto donde se accede a la universalidad del saber por encima de los conflictos que dividen a la sociedad. Esta universidad abstraída de los antagonismos reales, puesta en la búsqueda de esencias, axiomas o hipótesis generales, promueve al científico científicista, que se integra críticamente en la esfera de su especialidad siempre que ella se encuentre alejada del mundo donde los fenómenos sociales se vuelven tangibles. El reformismo no cuestiona esta parcelación enajenante del pensamiento burgués, cuya lógica refiere todo conocimiento a un conocimiento general objetivo, a una verdad universalmente válida. Moviéndose entre las mallas del formalismo y la retórica liberal aceptó los supuestos de esta lógica, se plegó a ella bajo el amparo prestigioso de la lucha en favor de la idoneidad docente. Por último el reformismo afianzó su fe en la universidad como región autónoma diferenciada del resto del país, por la vigencia de la institución más cara al liberalismo: el poder parlamentario. A través de consejos superiores y académicos, docentes, estudiantes y graduados consagraron el principio de la democracia parlamentaria, y con lazos de creciente solidaridad interna elaboraron el proyecto que inútilmente pretendió alzar una universidad progresista y popular en medio de un país estancado regido por un poder antipopular y antinacional.

5. LA CRISIS ACTUAL: DESPUÉS DE LA INTERVENCIÓN

El golpe de estado de 1966 no se propuso simplemente producir algunos reajustes en la sociedad argentina. No tenía como fin intervenir uno que otro sindicato, erradicar la política de las universidades o garantizar una economía sin inflación. Los sectores que promovieron el ascenso del

ejército al poder se proponían algo más profundo: desbaratar definitivamente el esquema liberal de organización del estado nacional. Esa especie de ave fénix siempre resurrecta que fue el liberalismo en la Argentina estaba herida de muerte después de la última experiencia de gobierno "constitucional", por eso podía y debía ser eliminado en silencio pero sin contemplaciones. La anulación de cualquier vestigio liberal en la organización política de la sociedad, dio paso a un nuevo gobierno autoritario, garantía del orden social, que garantizara además y fundamentalmente las inversiones extranjeras, savia vital del crecimiento económico dependiente paralizado durante más de 10 años.

La intervención a las universidades como parte de ese plan cumplió exactamente la eliminación definitiva de la isla democrática; pero ese hecho produjo efectos retardatarios para la salud y el orden del cuerpo social mucho más grave que las causas que las generaron. El derrumbe de la autonomía universitaria, el gobierno tripartito, la organización del movimiento estudiantil y el desarrollo científico logró sus resultados; paralizó la vida universitaria y colocó al movimiento estudiantil ante una nueva realidad, ilegalidad, represión, persecución, y ante una nueva perspectiva las luchas populares de oposición al régimen militar.

La universidad como problema dejó de existir, sólo contó en un principio la lucha por la propia supervivencia, y la necesidad de orientar en otro sentido las formas de acción y organización desarrolladas bajo el abrigo del régimen liberal. El "cordobazo" (1969) que volteó a un gobierno y conmovió al país, fue en parte su nueva obra, y la culminación de una nueva etapa a partir de la cual se plasmaron con rasgos de perpetuidad los nuevos perfiles de su radicalización política y social. Al viejo modelo reformista, apto para la convivencia y la integración en los claustros académicos, contrapuso un nuevo proyecto nacido al calor de la lucha política contra la persecución y la violencia. Lanzado a la ilegalidad, el movimiento estudiantil realizó una doble experiencia que tuvo influencia decisiva en la radicalización de su ideología: por primera vez sus reivindicaciones aparecieron vinculadas, en la calle, a las luchas reales de los movimientos populares, al mismo tiempo que descubría, obligadamente, en la universidad a sus propios enemigos, los representantes directos de la violencia del régimen.

Los rasgos centrales de la nueva estructura estudiantil nacen entonces como resultado de la triple oposición: a su práctica política anterior, al régimen universitario que se le opone y al sistema social que le da sentido. La negación consciente de la ideología reformista no sólo cambia los contenidos y los fines de su acción política dentro y fuera de la universidad

sino que transforma a la vez el modo de organización y participación de la masa estudiantil, tratando de superar los restos de la actitud liberal que la intervención ayudó inconscientemente a desactualizar. El rechazo al régimen universitario no busca transformaciones que adecuen su funcionamiento a las nuevas necesidades de promoción profesional ni tiene como meta la constitución de una nueva universidad, modelo de organización democrática destinada a irradiar sus influencias al resto de la sociedad. El rechazo se apoya en una nueva concepción del papel social de la enseñanza que desnuda su carácter político y su función legitimadora del sistema social que la domina. La oposición al poder militar ha superado las fronteras de lo político para convertirse en oposición al sistema capitalista dependiente que lo sustenta, y a su forma de dominación de clases. El destino de la universidad y del movimiento estudiantil no dependen de la propia práctica universitaria, están atados a la dinámica futura de los antagonismos sociales que hoy impiden su realización. No habrá universidad abierta al pueblo, como lo quiso la Reforma de 1918, ni universidad al servicio del país, mientras el pueblo no acceda al poder y el país encuentre el camino de su desarrollo independiente.

Una característica sobresaliente del movimiento estudiantil actual es el rechazo explícito de las formas de organización que caracterizaron al período reformista. El centro de estudiantes que fue hasta 1966 su principal organismo representativo demostró rápidamente su incapacidad para ordenar las nuevas formas de lucha que exigió la oposición semiclandestina a la intervención universitaria. En un primer momento el sector más radicalizado se expresó a través de las *tendencias*, nuevo criterio de participación adaptado a las necesidades de la acción directa. Las tendencias, a diferencia de las anteriores agrupaciones, preparadas para la contienda electoral, explicitaron su contenido político y en nombre de él, sin pretensiones de representatividad, convocaron a la acción dentro y fuera de la universidad. No pretendieron dirigir al movimiento estudiantil, y encauzaron las necesidades de acción de los grupos más politizados. Hoy la situación ha cambiado. Los grupos de acción semiclandestina han sido reemplazados, dentro de la universidad por la participación y politización creciente de la masa estudiantil que ha elaborado nuevas formas de organización. A los criterios dirigentistas y elitistas heredados del pasado liberal le suceden ahora los organismos que buscan garantizar la participación directa a través de asambleas, discusión en comisiones, etc. En este marco, las tendencias participan pero no dirigen; la masa estudiantil toma de ellas, tanto sean marxistas, peronistas o liberales de izquierda, los elementos que le parecen útiles para la acción inmediata, pero no depositan

expectativas de largo plazo, ni aceptan liderazgos estables de ninguna de ellas.

La oposición a la realidad universitaria presente y la superación de los viejos criterios reformistas se expresa de la misma manera, en el cuestionamiento ideológico de los contenidos de la enseñanza. El principio cientificista de la neutralidad ideológica y la objetividad docente está siendo reemplazado por una práctica de oposición a cátedras y profesores que no ha sido teorizada todavía pero que expresa a nuestro criterio un cambio fundamental en la orientación presente y futura del movimiento estudiantil.

A través del cuestionamiento ideológico, los estudiantes han dado muestra de una nueva toma de conciencia no realizada hasta ahora. Por medio de ella descubren por primera vez a la enseñanza como parte de un mecanismo destinado a reproducir a través de la mistificación ideológica, las condiciones de existencia de un sistema que se han propuesto modificar. Por eso el cuestionamiento se aleja en principio de las reglas de juego establecidas para el buen funcionamiento de la actividad académica; su perspectiva es más política que teórica y su dirección ataca tanto la orientación de los planes de enseñanza y el contenido de las cátedras, cuanto los métodos pedagógicos autoritarios e individualistas que transforman al estudiante en receptor pasivo de las ideas que rechaza. No se lucha solamente por un conocimiento más verdadero, sino por una verdad más comprometida. La idoneidad docente no justifica, para este planteo, ni las actitudes complacientes, burocráticas o alusivas con el régimen político ni el descompromiso con la realidad universitaria nacional. Aún más, la explicación de la posición ideológica se transforma en requisito fundamental para la transmisión aceptada de conocimientos enraizados, de algún modo, con la realidad que los sustenta. Así se amplía, forzosamente, la discusión y la polémica sobre el valor de las ciencias, la función de la ideología, y el sentido de la práctica social, hasta llevar el cuestionamiento al ámbito académico en que se ejerce la práctica pedagógica: la universidad.

Se comprende entonces porqué los estudiantes al resistir la política actual que se desarrolla en la universidad no reivindican los principios que sustentaron a la otra, la universidad liberal anterior al año 1966. Al mismo tiempo que rechazan las formas directas o indirectas de cogobierno tripartito, ejercen el poder con su sola presencia negadora. No existe solución posible a los conflictos universitarios si el movimiento estudiantil no es tenido en cuenta para resolver los problemas que con su presencia activa ha generado. Mientras se agitan muy meditadas modificaciones a la ley universitaria, destinadas a comprometer su participación condicionada,

Juventud y política universitaria

su práctica cuestionadora se transforma paulatinamente en poder real, ejercitado por medio de un nuevo organismo en gestación: la asamblea estudiantil-docente.

Pero este poder no podrá constituirse en mecanismo de conducción universitaria. No lo pretenden así los estudiantes, ni los docentes que participan con ellos. Esta forma de ejercer el poder cotidianamente resulta el dispositivo más eficiente, que en última instancia ha creado el movimiento estudiantil para canalizar las formas de oposición a la política oficial que aparecen dentro de la universidad. Se diferencia de los anteriores por su contenido y su método, pero no puede soslayar los hechos mismos que ha descubierto en este proceso: la universidad es parte de un sistema social que a través del Estado le da funciones, le aporta metas y contenidos, le amplía o restringe su capacidad de funcionamiento. Sólo a través del Estado es posible elaborar un cierto tipo de política universitaria. Esta política puede ser cuestionada y combatida hasta impedir incluso su funcionamiento, pero no puede ser transformada sin haber cambiado previamente el poder que la sustenta.

Por ello resulta inconveniente apresurarse a sacar conclusiones prematuras. En primer lugar porque éste es un proceso abierto que recién comienza a mostrar las tendencias de evolución futura. En segundo lugar, porque sus protagonistas están impedidos, por sí mismos, de encontrar soluciones de fondo que atenúen los antagonismos que se avecinan. Los estudiantes no podrán construir la universidad que pretenden, democrática y popular, al servicio del desarrollo nacional independiente, ni el régimen militar podrá imponer el orden por la aceptación de su ideología y su política. Entre tanto, los docentes deberán elegir por alguna de las alternativas.